Las formas del bosque

Alejandro Spiegel

www.alejandrospiegel.com.ar

(cc) BY-NC-ND *Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.*

Las formas del bosque

Esquivaban el barro que había dejado la noche de lluvia intensa. Los dos, el alto y el bajo, se habían conocido en el camping, y ahora coincidían en la caminata matutina.

Se detuvieron a la vera del lago, en el límite del bosque.

Entonces, el bajo le preguntó al otro, sin quitar la vista de aquellos árboles de copas que se perdían en el cielo:

—¿Por qué creés que tienen esas formas extrañas, como de bestias? —Antes que el otro contestara, sumó—: ¿Por qué aquellos, por ejemplo, estarán caídos en ángulos imposibles?

El alto contestó:

—Eso es lo que quedó de la batalla de anoche.

—¿La batalla de anoche? ¿De qué batalla hablás?

—De la que se desata en las noches de lluvia y viento. Las noches de tormenta, como la de anoche. Cuando el viento arrecia y la lluvia pretende descuajarlo todo… allí, en ese momento, entre los árboles se desarrolla una lucha tremenda.

El bajo callaba, atónito, con los ojos bien abiertos.

El más alto siguió:

—Prestá atención. ¿Qué escuchás?

—Benteveos, algún zorzal. El viento entre las hojas… Mmm… no sé.

—¿Escuchas el crujir de los árboles?

—Ahá.

—¿Sabés qué es eso?

—No, ¿qué es?

—Los árboles terminando de acomodarse.

—¿Por qué se acomodan? ¿Qué pasa en las noches de lluvia?

—En las noches de lluvia, estos árboles son gigantescos guerreros que luchan por un lugar en el bosque. —Al decir esto, el alto

parecía más alto—. Quieren todo el sol de la mañana. El sol que los hará más altos, que les permitirá ser más robustos. Entonces arrancan sus raíces de la tierra, se mueven, se empujan, se retuercen. La lluvia despierta en ellos sus peores instintos.

—Pero… ¿por qué adueñarse del sol? Si el sol les da a todos.

—El sol les da más a los que están del lado oeste del bosque. Los que están ahí son los triunfadores.

El otro se quedó en silencio.

—Mirá las formas que tienen —siguió el alto—, mirá esa rama. ¿No parece la garra de un pájaro gigante? ¿Y ahí arriba? ¿Ves? Ahí, esa rama que termina como en una V. ¿La ves? Son las fauces de un dinosaurio dispuesto a devorar a quien se le interponga.

A punto de interrumpirlo, el bajo sólo llegó a abrir la boca, que cerró rápidamente: fascinado, acababa de darse cuenta de que había más para descubrir.

—Y ahí, mirá. Así, ponete en puntas de pie. ¿Ves cómo esa rama gruesa cae encima de esa rama fina?

—Sí, es como que la pisa. Como que la baja. ¿Y por qué quedaron así?

—Porque en el amanecer, con los primeros claros, las acciones bélicas se congelan. ¿Y ves ese árbol caído? Es un árbol derrotado, un árbol que se perdió. Murió.

—Y ahí hay otro y otro y otro.

—Mirá el piso, mira tus zapatillas. ¿Ves qué hay abajo?

—Sí, hojas.

—Son las hojas que cayeron en la batalla de la noche pasada.

El bajo se quedó pensando.

—¿Y por qué —dijo— las batallas ocurren solo en las noches de lluvia?

—En las noches de lluvia, no sale ningún lugareño. Todos se guarecen en sus casas, cierran las ventanas, se arropan entre sus cobijas y se cubren las cabezas con la almohada para no estremecerse al oír la tormenta contra sus techos.

El bajo se había quedado con la boca abierta.

—En esos momentos, cuando nadie los ve, los árboles luchan hasta morir. Y todo por un lugar en el oeste del bosque. —Acá el alto bajó la voz—. A veces, los árboles que ganan, por efecto del sol y de las propiedades únicas que adquiere el suelo después de cada batalla, transmutan y se convierten en personas.

El bajo, por primera vez lo miró con detenimiento.

Y descubrió algo raro en el brazo del otro. A simple vista parecía velludo, pero ahora lo veía claramente: ahí había rastros fibrosos, nervudos.

Ahí había madera. Había corteza.